

profundamente de Descartes. Como el hombre se ignora á sí mismo y no sabe la casa que debe habitar, necesario es que las demás criaturas le lleven á su casa. Entonces es cuando finalmente entra dentro de sí, y se conoce á sí propio. Para que el hombre pueda volver á sí por el conocimiento, fué ordenada toda la diversidad de las criaturas, como camino, vía y escalera inmovible y natural, con gradas firmes é inmóviles, por las cuales asciende el hombre á la contemplación de sí mismo <sup>1</sup>.

La *Teología Natural* contiene un tratado del amor de Dios, del cual fácilmente pueden hacerse aplicaciones estéticas, por más que en el autor no parece haber despertado especial interés la categoría de belleza. Procuraremos exponer y reunir estas ideas, esparcidas en varias partes del libro.

El amor es el primero de todos los dones, pero como está oculto é invisible, casi no le tenemos por don, aunque es la raíz y como la fuente de todos los demás dones, y todos siguen al amor y proceden de él, como de su raíz y princi-

<sup>1</sup> *Nulla autem certior cognitio quam per experientiam et maxime per experientiam cujuslibet intra seipsum.... Ista scientia nulla alia indiget scientia. Non enim praesupponit logicam neque metaphysicam. Nihil allegat, nec aliquem doctorem.... Quia ergo homo est totaliter extra se, ideo si debet videre se, necesse est quod intret in se, et veniat ad se, et habitet intra se.... Et quia homo ignorat seipsum a necessitate, et nescit domum suam, in qua debet habitare, ideo necesse est quod aliae res ducant eum in seipsum.... Ideo est ordinata rerum et creaturarum universitas, tanquam iter, via et scala immobilis, habens gradus firmos et immobiles, per quam homo venit et ascendit ad seipsum. (Praef.)*

pio. Los otros dones de Dios no son sino semillas del amor, y declaran y manifiestan el mismo amor oculto é invisible, así como el humo arguye infaliblemente la existencia del fuego. Lo primero que Dios concedió al hombre fué su amor, y luego, por medio del amor, fueron dadas y recibidas todas las cosas. Y como el amor requiere amor, y el amor exige por su naturaleza un ser amado, y no de otra manera se satisface el amante sino con amor, síguese necesariamente la reciprocidad del amor. El amor por sí mismo, sin necesidad de ninguna otra cosa, agrada, y es amable y aceptable, y agradable y dulce por sí; al paso que de las otras cosas ninguna agrada sin el amor, ni hay otra que sin él sea amable, aceptable, dulce ó deleitosa. Siendo de Dios toda criatura, infiérese que el hombre está obligado á amar á todas las criaturas, porque son de Dios, y en cuanto son de Dios. Y como no todas las criaturas son iguales, y como entre ellas es la mayor aquella que es imagen viva de Dios, y que lleva su imagen y su semejanza, por eso el hombre debe y está obligado á amar, inmediatamente después de Dios, su imagen viva y á aquellas criaturas que muestran impresa la imagen y semejanza suya, porque, después de Dios, lo que inmediatamente se sigue es su imagen. El hombre, entre todas las criaturas del mundo, es imagen de Dios viva, y lleva su imagen y semejanza; por eso, inmediatamente después de Dios, debe ser objeto del amor del hombre, como criatura viva de Dios.

Habiendo en las criaturas cierta escala de imitar á Dios, según el más ó el menos, también las criaturas tienen cierto orden entre sí, imitando á Dios en la naturaleza, de tal modo que en el hombre está el fin y el último grado de imitación, y en él se completa la escala. Todo esto prueba que ninguna criatura hay en este mundo superior al hombre, y que él es la imagen completa y total de Dios, porque en él se termina y perfecciona la escala de la imitación. Á la manera que el sello imprime totalmente su imagen en la cera, así Dios imprime toda su imagen en el hombre.

El amor junta los hombres en uno, y como de la mayor unidad resulta la mayor fortaleza, así los hombres unidos por este modo tienen grande é invencible fortaleza, y cuando miran á Dios, se unen entre sí y se hacen como uno solo.

Como es manifiesta cosa que nada tenemos que sea verdaderamente nuestro, y que esté totalmente en nuestro poder, sino el amor solo, resulta que nuestro tesoro y todo nuestro bien es el buen amor, y todo nuestro mal, el amor malo. No es otra cosa la virtud que el amor bueno, ni es otra cosa el vicio que el amor malo. Y como todo nuestro bien consiste en el amor, síguese que quien tiene ciencia y conocimiento de amor, alcanza conocimiento y ciencia de todo el bien del hombre, y quien ignora la naturaleza del amor, ignora todo el bien del hombre.

Tiene el amor fuerza y virtud de unir, de mudar, de convertir y de trasformar. Une al amante

con la cosa amada, y después transforma, convierte y muda al amante en lo que ama. Como el amor, por su naturaleza, es un don y cosa que puede donarse, pero que no puede obligarse, es liberal y espontáneo; y como el don espontáneo es de aquel á quien se da, y totalmente se traslada y convierte en dominio suyo, infiérese que el amor es de aquel á quien se da, y se transforma en dominio propio de la cosa amada. Por eso la cosa amada posee y goza, en su potestad ó en su dominio, el amor que se le concede liberal y espontáneamente. Y como el amor arrastra y lleva consigo todo el poder de la voluntad que tiene imperio y señorío en el hombre, de aquí que, adonde quiera que vaya, conduzca, arrastre y lleve consigo á todos los hombres. Á todo aquel á quien se le concede este amor, se le da también toda la voluntad y todo el ser humano; y el amante se hace una misma cosa con el amado, por virtud del amor. Grande es la fortaleza, grandes las propiedades del amor, porque tiene fuerza *unitiva, mutativa, conversiva y transformativa* de lo uno en lo otro.

Esta conversión, ó mutación, no es fatal, ni forzada, ni violenta, ni penosa, ni laboriosa, sino que es libre, ó liberal, espontánea, voluntaria, y esta liberalidad suya la hace deleitable y dulce. Esta unión, ó conjunción, es fortísima, puesto que la voluntad no puede ser separada de la cosa amada por violencia, sino sólo voluntaria y espontáneamente. Y aunque el amor muda la voluntad en la cosa amada, el amor, no obstante,

permanece siempre amor, y amor liberal, reteniendo su propia naturaleza, porque la voluntad siempre permanece voluntad, y no se destruye cuando se muda, antes la misma voluntad recibe el modo, forma y naturaleza de la cosa amada, y se viste de sus arreos, y lleva su traje, y recibe nombre del de la cosa amada, y tal es el amor como es la cosa que se ama, y tal es la voluntad cual es el amor. La cosa amada da nombre al amor y á la voluntad. La voluntad por sí no es otra cosa que voluntad, y no tiene otro nombre, así como el amor no es otra cosa que amor, y no tiene otro nombre por sí. La cosa amada es la que da su nombre á aquella otra en quien se transforma. Por eso la voluntad que ama la tierra se llama terrena, y terreno su amor. Y si ama las cosas muertas y mudas, se llama muda y muerta; y si ama á los hombres, se dice humana, y si ama á Dios, se dice divina, y divino su amor. Así el hombre puede, por el amor, mudarse, transformarse y convertirse en otra cosa más noble, ó en otra más torpe, libre y espontáneamente. Y como la voluntad, por el amor, se convierte en la cosa primeramente amada y recibe su materia y su forma, de aquí que la misma voluntad se exalte ó se deprima, se ennoblezca ó se haga vil.

La cosa amada puede ser superior, ó inferior, ó igual, respecto de nuestra voluntad. Si la voluntad dedica su amor á cosa superior, mayor, y más digna y más noble que ella, entonces se muda y convierte en un grado más noble y digno, y asciende sobre sí. Y como toda la transformación

ó conversión debe ser en algo mejor, más noble y más alto que ella, y no en otra cosa inferior, ni en otra cosa más vil, nuestra voluntad no debe dar su amor sino á cosa superior y más noble que ella misma, porque de otro modo no se mudaría ni se convertiría en algo más noble que ella, ni ascendería sobre sí.

Como la voluntad es intelectual y espiritual por su naturaleza, debe ser superior á toda cosa creada, y por eso ninguna cosa creada es digna de nuestro amor. Ni nuestro cuerpo, ni los animales, ni el oro, ni la plata, ni el sol, ni la luna, ni los elementos, son dignos de que los amemos con amor liberal. Tampoco es cosa digna que los iguales dominen á los iguales, y como nuestra voluntad es cosa creada, y toda voluntad creada, en cuanto creada, es igual á otra, síguese que ninguna voluntad creada es digna, or sí y en primer término, de nuestro amor, porque en este caso tendría el dominio de nuestra voluntad. Solamente es digno, justo y debido que la cosa superior, mayor y más digna, ejerza dominio sobre la cosa inferior. Sólo Dios es superior y mayor que nuestra voluntad; sólo Dios será, pues, digno de nuestro amor, primeramente y por sí; y ni la tierra, ni los elementos, ni el oro, ni la plata, ni los animales, ni las cosas corpóreas son dignas de nuestro amor, porque no pueden respondernos ni darnos el suyo en cambio del nuestro.

La voluntad se hace vil, inferior, corpórea, y cae y degenera de su natural dignidad y excelencia.

cia, cuando se une y junta con cosas totalmente extrañas á ella, y recibe gran daño y pierde lo que tiene, porque pierde su amor, cuando se fija en cosas, de las cuales ningún amor puede recibir, ya que ninguno tienen. Así la voluntad, que con el amor mundano está como desterrada de su patria y de la tierra de su naturaleza, y habita en comarcas ajenas, donde no hay ningún amor, anda pobrísima y desnuda, y despojada de todo, y mudada y convertida en cosas extrañas, hasta que al fin miserablemente se pierde. La voluntad transforma la cosa amada en sí, y nuestro amor no puede ascender sobre las cosas que principalmente ama, porque el amor se extiende solamente á aquellas cosas, á las cuales se extiende la que mayormente amamos, y á todas las que están ligadas con ella, y no va más allá. Y cuanto más común y universal sea el objeto que en primer término amamos, tanto más común y universal será el amor y también la voluntad. Y como la misma voluntad se transforma y se muda en la cosa amada y va tras ella, la cosa amada en primer término ha de obtener y poseer totalmente á la misma voluntad, y tener en ella absoluta posesión de amor. Como la cosa primeramente amada es una sola, en nuestra voluntad se ha de engendrar un solo amor, el cual todo pertenece, por su naturaleza, á la cosa amada, y como no puede haber muchas cosas que en primer término amemos, tampoco puede haber sino un primer amor en nuestra voluntad.

Pero como la cosa que primeramente ama-

mos edifica, cimenta, establece y fecunda en nuestra voluntad el primer amor, que es raíz, cabeza y origen de todos los demás amores que pululan de la voluntad, fórmase en ella una primera raíz de todos los demás amores, la cual raíz recibe toda su virtud de la cosa primeramente amada. Así va creciendo en el alma un grande árbol de amores, cuya raíz es el primer amor, que se multiplica en tantos amores cuantas son las cosas que tienen relación con la que primeramente amamos; y todos aquellos amores están incluídos en aquel amor primero, que es la base y raíz de todos. Así como de una sola semilla ó grano pululan infinitos granos, así de un solo amor pululan infinitos amores; y así como todos los granos que salen del primero son de la misma naturaleza que el grano de donde salieron, así todos los amores que salen del primer amor son de la misma naturaleza que él; porque, cual es la fuente, tales son los arroyos. Todos ellos no son sino el primer amor, y no es más que una cosa, buena ó mala, lo que primeramente amamos, y todas las demás son amadas en virtud de esta primera. Síguese de aquí que necesariamente amamos todo lo que tiene íntima relación con la cosa primeramente amada. Pero como el primer amor es la raíz de los otros amores, y la raíz está siempre oculta y no aparece al exterior, y solamente se ven las ramas y hojas que brotan de la raíz, también el primer amor está oculto y no aparece fuera, al paso que los otros amores son muy manifiestos y aparentes. De este modo la

cosa primeramente amada, por ser primera, se une vehementísima y fortísimamente con la voluntad, y la arrastra toda hacia sí, y la misma voluntad se une fortísimamente con ella, como que no hay nada que lo impida; y este amor es tan fuerte y tan sólido, que de ningún modo puede ser destruído, si no sobreviene otra cosa que en primer término amemos, la cual venza totalmente á la cosa que primero amamos, y desarraiga de la voluntad este primer amor. No puede la misma voluntad hacer esto, ni puede quererlo por sí misma. Así el amor de Dios, cuando es primero, incluye en sí todos los demás amores, al paso que todo el amor de las criaturas se incluye en el amor de Dios. Pero si la cosa que primeramente amamos son las criaturas y no es Dios, el amor primero se fundará en las criaturas; y será todo él según la naturaleza de las criaturas, y no podrá extenderse al Criador, sino secundariamente, y esto por medio de las criaturas; y no amaremos á Dios sino en cuanto dice relación con aquellas criaturas que primeramente amamos, y en cuanto las sostiene y vivifica. Entonces no amaremos á Dios con amor verdadero, porque no lo amamos sino en virtud de las criaturas y por las criaturas. Así se compone cierto matrimonio entre nuestra voluntad y la cosa que primeramente amamos, siendo la voluntad el esposo, y el objeto amado la esposa.

Todavía ha declarado Sabunde el mismo pensamiento con otro símil, que expone así su traductor Fr. Antonio de Ares: «Demos ó supongamos

un hombre pobre y de humilde linaje, el cual tenga seis hijas iguales en todo, así en los bienes que llamamos de naturaleza, cuales son hermosura, gentileza, industria, ingenio y habilidad, como en los de fortuna, de suerte que igualmente sean pobres, igualmente humildes, é igualmente virtuosas: de las cuales la primera se case con un labrador rústico; la segunda, con un ciudadano; la tercera, con un caballero ordinario; la cuarta, con un señor de título; la quinta, con un rey; la sexta, con el emperador universal de todo el mundo. Ahora, puesto que todas estas mujeres son iguales, porque son de linaje humilde de todas, é hijas de un mismo padre humilde y pobre, con todo eso, por haberse casado con tan diferentes maridos y de calidad tan diversa, vienen á ser las unas más excelentes y nobles y más ilustres que las otras. Pues á este modo has de entender que pasa en la voluntad, la cual sube ó baja, ó se iguala en calidad y valor, en dignidad ó en afrenta, y en nobleza ó bajeza, al paso de la misma cosa que ama.» Por donde, quien tiene en sí el amor de Dios, tiene la raíz de todos los bienes, siendo Dios todo bien; y como el amor convierte nuestra voluntad en la cosa que primeramente amamos, también convierte, muda y transforma totalmente al hombre en Dios, y en una sola voluntad, y así hace al hombre divino, uno con Dios y amigo de Dios. Como Dios no necesita de las criaturas, tampoco la voluntad, cuando le ame, necesitará criatura alguna, y por consiguiente, esta voluntad no tendrá indignancia

alguna, no será fluctuante ni variable, sino estable, firme y sólida, y esto porque la cosa primeramente amada es Dios. Por el contrario, como la criatura es en sí vanidad, el hombre que la ama se convierte también en vanidad, y como las criaturas se corrompen y se mudan y no permanecen, él está siempre en continua solicitud y tribulación. Sólo el amor de Dios hace la voluntad hermosísima y amable.»

Siendo el amor de Dios y el amor propio la causa de todos los demás amores, infiérese que de ellos depende todo conocimiento de los bienes y de los males, porque el amor de Dios es el principio para conocer todos los bienes del hombre. El amor de Dios es luz iluminante. Por el contrario, el amor propio, como es tinieblas y oscuridad por su naturaleza, se esconde y se oscurece á sí mismo, y oscurece y ciega el entendimiento, para que no vea el amor en sí. Quien tiene tal amor, ignora todos los bienes y males del hombre.

El amor de Dios, por ser su objeto uno tan solo, y común á todos los hombres, produce amor y concordia entre ellos. El amor propio, por no ser su objeto uno y común á todos los hombres, los separa, y engendra división y discordia.

Todo lo que existe es, ó singular, ó común, y la *singularidad* y la *comunidad* son dos modos opuestos que se aplican á todas las cosas. Quien primeramente se ama á sí mismo, ha de amarse necesariamente como *este hombre*, y no como el hombre, ó, lo que es lo mismo, ha de amarse bajo una razón singular y no universal,

individual y no común, convirtiéndose y transformándose en ese hombre individuo; por donde su amor viene á ser amor propio y particular, que no puede extenderse ni elevarse á la común naturaleza humana, ni al hombre, en cuanto hombre, por ser esta una noción más universal y alta. En todas las cosas que ame, no se amará más que á sí mismo, porque las amará á todas por causa propia.

Como para Sabunde, psicólogo siempre aunque con veleidades ontológicas, no existe certidumbre mayor que la que da la experiencia propia (*quia homo non potest esse magis certus quam per seipsum*), sírvele esta doctrina del amor propio, para que el hombre vea en sí, como en ejemplar muy cercano, sus deberes hacia Dios, sin buscar *testigos extrínsecos ni medios fuera de sí, para conocerse*. «Esta es la ciencia certísima y clarísima (añade) que lleva cada cuál dentro de sí, y que nadie puede negar, porque la ve en sí mismo, y este testimonio *no puede faltar*»<sup>1</sup>.

Un gozo duradero y sin fin es el fruto del amor divino. Cual es el amor, tal es el gozo, y dicho queda que el amor es tal como la cosa amada. El verdadero gozo incluye la verdadera alegría, serenidad, contentamiento y paz del espíritu. Este gozo da vida y alimento al hombre y á su voluntad. Es, propiamente, la vida del hombre y de su corazón, la vida del alma. Por eso, quien

<sup>1</sup> *Et haec est scientia certissima et clarissima, quam nemo negare potest quia videt eam in seipso, quod falli non potest.* (Capítulo 146.)

tiene el amor de Dios en sí, logra vida verdadera y perpetua, y ninguna otra cosa quiere tener sino aquel gozo infinito y sin medida. Como el amor de Dios está dentro del hombre y no fuera, en la voluntad y no en el corazón, para lograr nuestro bien final no necesitamos ninguna otra cosa extrínseca.

Extiéndese el amor de Dios á todas las criaturas, en cuanto son de Dios, pero primerament se extiende á la imagen de Dios viva. Así, del amor de Dios, cuando es primero y capital, nacen y se multiplican para el hombre innumerables goces, que nacen todos de una misma raíz. Ni el oro, ni la plata, ni la abundancia de las cosas temporales bastan para producir este gozo, sino el amor de Dios, que nada fuera de sí desea, porque abunda en plenitud de bienes. Este gozo puede ser común á innumerables hombres, sin que el gozo de cada cual de ellos se disminuya. Será, por tanto, un gozo multiplicado en infinitos hombres.

Del mayor conocimiento nace mayor amor. Si Dios quiere que le amemos sobre todas las cosas, también ha de desear que le conozcamos; y para que nuestro gozo sea pleno, necesario es que el alma vea á Dios cara á cara, con conocimiento claro, cierto y perfectísimo. El amor verdadero y puro descubre y revela todos los secretos. El alma que primero le amó sin verle, merece contemplarle cara á cara, para que de tal contemplación resulte mayor gozo. Y cuanto mayor sea la claridad con que le vea, tanto más

le amaré, y cuanto más le ame, tanto más gozará. Así el conocimiento será causa de mayor amor, y el amor causa de mayor gozo. Como la perfección del gozo nace de la perfección y nobleza del amor, será más perfecto el gozo cuando el amor sea perfectísimo y ascienda al último grado de perfección y dignidad, amando al mismo Dios con amor purísimo, por su sola hermosura, y no por los dones y obligaciones que le debemos <sup>1</sup>.

Una de las más originales aplicaciones que Sabunde hace de esta doctrina del amor, tan importante en su Teodicea, es el argumento que saca de ella, en pro de la resurrección de la carne. El alma ama su cuerpo y todos sus miembros, y quiere el bien de su cuerpo, y es parte de su perfección el recobrarle y permanecer unida á él, en la forma que sea más amable y más conforme y proporcionada, conveniente y deleitable, según el estado de la misma alma, esto es, en su máxima hermosura y sumo decoro, impasible é inmortal, espiritual, sutil, ágil, claro, como sol resplandeciente. Á medida que el alma asciende á un grado más alto y á estado más noble, es necesario que el cuerpo se mude también y proporcionalmente en una forma más digna, Para que el alma goce más y de infinitos modos. todo el mundo y las criaturas deben renovarse y transfigurarse en tales términos que parezcan más hermosas y agradables al hombre, vistién-

<sup>1</sup> Es el pensamiento del famoso soneto atribuido á San Francisco Javier con manifiesto yerro.

dose y engalanándose con nueva vestidura, puesto que para él fueron creadas.

Por el contrario: el gozo que nace del amor propio es sofisticado y deceptivo, y lleva siempre oculta cierta manera de tristeza. Pero tal cual sea, este gozo todavía nos atrae, puesto que por causa del gozo nos movemos y buscamos toda cosa, y nadie se engaña sino por falsa razón de deleite. De donde se infiere que el gozo es apetecible por sí mismo, y que el gozo malo atrae, no por lo que tiene de malo, sino por la razón de deleite que lleva consigo. El alma ama y desea naturalmente la hermosura, la limpieza y la amenidad, y aborrece la torpeza, la inmundicia, la oscuridad y la deformidad.

Tal es en Sabunde la teoría de los dos amores, de los cuales nacen, según él, las dos ciudades contrarias y enemigas, que descubrió San Agustín en el mundo, en el corazón del hombre, y aun más allá de los límites de entrambos mundos. No es todo lo que va expuesto filosofía de la hermosura, sino filosofía de la voluntad; pero ya hemos dicho que los escolásticos no las separaban. Y además las páginas que he extractado, obra del mayor filósofo español del siglo xv, admirado y traducido por Montaigne, son de tan capital interés para la historia, todavía oscurísima de los orígenes y primeros pasos de nuestra mística, que me hubiera parecido audacia y torpeza el mutilarlos. ¿Qué era el amor para los antiguos filósofos, así platónicos como cristianos? Aspiración á la belleza suma é increada, y ansia

y sed de poseerla. ¿Quién duda, pues, que las teorías acerca de este anhelo de belleza y acerca de la fuerza impulsiva que en él nos guía y sostiene, deben ocupar algún lugar, al lado de las teorías relativas á la belleza misma, y á los medios y recursos que el hombre ha empleado para traducirla en lo humano?

Sabunde, el último de los grandes realistas de la Edad Media, discípulo de San Agustín, de San Anselmo y de Hugo de San Víctor, mucho más que de Santo Tomás, aparece colocado entre dos mundos filosóficos enteramente distintos, cerrando el uno y abriendo las puertas del otro. En él se amalgaman las dos tendencias de descomposición que en el siglo xiv fermentaron en el seno de la Escolástica: por un lado, es místico como Suso y como Tauler, y precede y anuncia á la gran generación española del siglo xvi. Por otro, es crítico como Occam, aunque sin las extremosidades ni el nominalismo de Occam. Al contrario, vuelve pie atrás, en sentido ontologista, y apoyado en Lulio, renueva el argumento de San Anselmo. Pero esta no es más que una de las dos caras de Sabunde: aquélla con que mira á la Edad Media. La otra cara está vuelta hacia Descartes y Pascal, de quienes es heraldo, y hacia Kant, cuya *Critica de la razón práctica* en algún modo prelude, con su demostración de Dios como fundamento del orden moral. Trae métodos nuevos; trae, sobre todo, la poderosa palanca de la observación interna enfrente de las contenciones y de las disputas. Hasta los escépticos del